



## REVISTA ILUSTRADA

COLABORADORES LITERARIOS

SRA. PARDO BAZÁN—SRES. ALAS—ALFONSO—ARAUJO—CAMPOAMOR—GENER—LEZAMA  
 NAVARRO (FELIPE B.)—OLLER—PALACIO VALDÉS—PALACIO (EDUARDO)  
 PÉREZ GALDÓS—SARDÁ—SELLÉS—TABOADA—YXART

COLABORADORES ARTÍSTICOS

FABRÉS—FOIX—FONT—GÓMEZ SOLER—MARQUÉS—LORENZALE (R.)—LLIMONA  
 PAHISSA—PRADILLA—PELLICER—RIQUER—TAMBURINI

AÑO 1883

Barcelona, Octubre

Núm. 13

ARTE.—*Salambó*, cuadro de Barlés, dibujo del mismo.—*Una calle en los Pirineos (Les Escaldes)* copia de un cuadro de J. Masriera, dibujo del mismo.—*De Pasco*, apuntes á pluma, por M. Foix.

LETRAS.—*Un estudiante de Canarias*, por A. Palacio Valdés.—*El Arte y la Historia* (conclusión), por C. Araujo Sánchez.—*Dido* (continuación), por J. Sardá.—*Ruinas*, por J. Yxart.—*Amsterdam y su Exposición colonial*, por P. Gener.



### UN ESTUDIANTE DE CANARIAS

Nació en una de las islas Canarias, como tantos otros que no han dado nada que decir. Sus primeros años fueron como los de todos; á la escuela, á la iglesia, á jugar con sus compañeros. Me engaño, él no jugaba, veía jugar, no por falta de

SALAMBÓ

deseo, sino porque no sabía; era tan flacucho, tan débil; que si tomaba parte en cualquier juego, ya no había otra víctima. Gozaba en permanecer sentado contemplando la destreza de sus amigos y admirándola, porque en su alma jamás penetró la envidia; pero esta es cualidad en la que pocos se fijan. No llamaba la atención absolutamente por nada: un chico apagado, enfermizo, que se cortaba delante de la gente, incapaz de recitar una fábula con buena entonación; ni siquiera había descalabrado á nadie de una pedrada; en fin, el colmo de la vulgaridad.

Y no obstante, á pesar de su apariencia perezosa y linfática, el niño tenía la imaginación despierta: el espectáculo de la naturaleza, tan hermosa y risueña en aquellas comarcas, aunque no le exaltase como á los temperamentos ardientes, le conmovía dulce y profundamente; los cuentos le deleitaban de un modo indecible: amaba los caracteres heróicos y la fuerza física, que él no poseía. En la escuela no se distinguía poco ni mucho: más tarde en la segunda enseñanza tampoco: era uno de tantos estudiantes descuidados, que en las postrimerías del curso se encierran con los libros y consiguen á fuerza de vigili-*as sacar notablemente aprovechado.*

Á los diez y ocho años le mandó su familia á Madrid á estudiar la carrera de leyes. Cumplió con su deber asistiendo á las cátedras y aplicándose lo bastante para no salir desairado en los exámenes; la jurisprudencia no tenía atractivos para él; mas en España pocos son los que se libran de ella. Aficionóse muy pronto á la música y empezó á ser un asistente asiduo del paraíso del teatro Real, uno de esos terribles *inteligentes* encargados de proporcionar disgustos á los tenores. Y de tal modo creció su afición, que parecía no vivir más que para satisfacerla; á primera hora al café, después al paraíso; allí, sentado en cualquier rincón (porque los *inteligentes* desprecian los sitios donde se puede ver la escena y los dejan á los profanos) embozado en la capa y los ojos cerrados, gozaba nuestro estudiante placeres inefables, celestes. Su imaginación volaba por los espacios azules de la poesía, soñaba con dichas ideales, su cuerpo se estremecía como la caja de un arpa, y algunas veces lágrimas silenciosas se desprendían de sus ojos. ¡Cuánto alcázar en el aire! ¡cuánta quimera deliciosa! ¡cuánta luz y cuánta poesía!

Por el día algunos compañeros se reunían en la modesta casa donde estaba de pupilo y le decían: —Mira, cántanos el cubre-fuego de los Hugonotes con orquesta y todo.—Y el estudiante, que tenía un oído privilegiado, comenzaba á entonar el pasaje con una habilidad increíble, ejecutando proezas con los labios y la lengua para imitar los sonidos agudos del violín ó las notas gangosas del *oboe*, de tal manera, que sus amigos aplaudían entusiasmados y reían y gozaban con la alegría de los diez y nueve años. Pero en seguida pedía la revancha. —Vaya, ahora, á contar cuentos.—Y no había más remedio; cada cual tenía que narrar algún sucedido gracioso ó dramático, mientras él, tumbado en una butaca, con las desmesuradas piernas en alto á lo yankee, arrugaba la frente conmovido ó se desternillaba de risa. ¡Días alegres y serenos que toda la vida se recuerdan con emoción! ¡Horas felices que no pueden jamás reemplazar, ni los altos puestos de la política ni los triunfos del amor propio en la carrera del arte.

Por aquella época asistía también, con la misma asiduidad que á la ópera, al Café Universal, donde formaban tertulia algunos amigos de todas edades y condiciones, unidos por el lazo del paisanaje, que más se estrecha cuanto más lejos está la patria. Nuestro estudiante era miembro de aquella colonia canaria que en torno de dos ó tres mesas del café se reunía invariablemente todas las tardes: pero en la tertulia era, como en todas partes, soldado raso; ninguna cualidad que le hiciese notar entre sus compañeros; silencioso casi siempre, distraído, sonriendo á los chistes lo mismo que á las tonterías: si

faltaba no se le echaba de menos; cuando venía se le consideraba como uno más. Algunas veces, aburrido de la conversación, sacaba un lápiz y se ponía á hacer monigotes en la mesa, y mostraba realmente mucha disposición para el dibujo, tanto, que alguno profetizó que aquel chico sería un buen caricaturista. Desde entonces ya tuvo puesto señalado en la tertulia; era el encargado de trazar la caricatura de los socios.

Observaron éstos que el estudiante en vez de avisarse con el trato de la corte, era cada día más retraído y hablaba menos. Notábase en su semblante una constante preocupación, en sus ojos cierta vaga inmovilidad, propia del que mira más hacia dentro que hacia fuera; siempre sonriendo á lo que le decían para mostrarse cortés, pero en realidad sin atender, ni interesarse por nada. Poco á poco fué pasando más horas en casa y menos en el café, y con esta vida sedentaria y anti-higiénica, se quedó muy pronto flaco como un espárrago. ¿Pero qué tiene ese muchacho? preguntaron algunos en el café. Uno de sus amigos íntimos dió cuenta á la tertulia de que el estudiante pasaba la vida leyendo; que se gastaba todo el dinero que le mandaban en libros, y que toda su ropa estaba destrozada y no pensaba poco ni mucho en renovarla. Horas y horas yacía acostado en la cama ó arrellanado en una butaca con alguna novela en la mano sin pensar en dormir ni en comer, totalmente abstraído de cuanto le rodeaba. De vez en cuando se le oía prorumpir en carcajadas ó en exclamaciones de asombro. «Evidentemente, ese chico está *guillado*—dijo un caballero canario, muy práctico.—Es necesario avisar á su familia.» Y en efecto, se avisó á su familia y los amigos convinieron en que era necesario distraerle á toda costa. Un hermano se encargó de procurarle esparcimiento llevándole á viajar: le propuso ir á París, y el estudiante se dejó arrastrar sin dificultad, pero sin ninguna clase de emoción. Al salir de casa para la estación, viéndole partir sin acordarse del baúl, el hermano le preguntó:

—¿Y tu equipaje?

—Lo llevo aquí.

—¿Cómo ahí?—y el hermano miraba á todas partes.

—Sí, aquí, debajo del brazo. El equipaje que nuestro estudiante intentaba llevar á París, consistía en una camisa, unos calzoncillos y unos calcetines.

Cuando regresó, venía más despierto y dispuesto á entrar en el comercio de la vida: los amigos lo encontraron muy mejorado. Y en prueba de ello el estudiante, sin dejar de atender á sus obligaciones escolares, comenzó á escribir articulitos literarios, algunos de los cuales vieron la luz en periódicos de la capital: el estilo era castigado en demasía y rebuscado, pero había en ellos fuerza y color poco comunes y sus compañeros le alentaron á seguir escribiendo. Con pasmosa facilidad bosquejó algunos dramas en poco tiempo; ¿pero quién se los había de representar? ¿Qué empresario, qué director de teatro se iba á tomar siquiera el trabajo de leer el manuscrito de un chico desprovisto de recomendaciones? En aquella época, aún más que ahora, el poner un drama en escena no era empresa guardada para un desconocido. Entonces se puso á escribir una novela, y la terminó con la misma expedición; y algunos amigos á quienes leyó párrafos de ella, aseguraron que tenía pasajes muy bonitos. El caballero práctico del círculo canario, opinó, no obstante, que sería mejor estudiar de firme el derecho civil y dejarse de novelas. Acaeció lo mismo que con los dramas: no había editor que se arriesgase á imprimirla y estuvo sepultada año y medio en el baúl del estudiante. Mas creciendo en este tiempo algún tanto su reputación como periodista, halló al fin manera de entregarla á la publicidad. Causó poco efecto, ó por mejor decir, no salió de un círculo estrecho; lo que en Francia se llama el gran público, ó sea el común de la gente, no se dió por enterado. Corrían en aquella época

muy malos vientos para la novela española; los hombres de gusto la despreciaban por hallarse prostituida en manos de narradores insulsos; el vulgo no entendía ni gustaba más que las aventuras estupidas é inverosímiles. La novela de nuestro estudiante, grave y psicológica, inspirada en las de los escritores ingleses, carecía de la brillantez necesaria para llamar la atención desde luégo.

No por eso se desalentó. Renunciando por el momento á escribir novelas y dedicándose exclusivamente al periodismo, no cesaba de acariciar con deleite su ideal. La vida del periodismo militante le disgustaba cada día más; no se avenía poco ni mucho con su carácter reservado, con su conciencia pura y austera, con su imaginación soñadora é independiente.

Un día, tanto creció el disgusto y tan fuertemente le espoleó el deseo de verter sus sueños en el papel, que abandonando los periódicos, los amigos, el café, el teatro, todo lo que hasta entonces había constituido su vida, subió á su cuarto y se encerró á escribir novelas. Y no volvió á salir. Con la pluma en la mano día y noche, sin autorizarse ni una pequeña distracción, ni enterarse de nada de lo que fuera ocurría, iba trazando con febril rapidez una serie considerable de obras. Como trabajaba para satisfacer una necesidad apremiante de su naturaleza, no se cuidaba para nada de la recompensa: la recompensa estaba en los placeres infinitos que aquel trabajo le proporcionaba, en la emoción ansiosa con que iba formando sus enredos y siguiendo la marcha de los caracteres, en una palabra, en el goce supremo é inefable de crear, que confunde al hombre con Dios.

Al principio, el público no hizo caso de las producciones del oscuro escritor y pasaba por delante de ellas sin levantarlas del suelo. ¿Qué importa! El escritor arrojábalas desde lo alto de su estudio y ni siquiera asomaba la cabeza por el balcón para ver la suerte que corrían. Mas, poco á poco, sin que él tuviese noticia de ello, las obras se abrieron paso entre la muchedumbre; la gente docta fijó la atención en ellas, el vulgo saboreó sin comprenderlo el encanto de sus verdades fingidas, admiraron todos la abundancia y la originalidad de sus pensamientos, la profundidad de sus intenciones. Hubo un leve murmullo de admiración: este murmullo fué creciendo, creciendo paulatinamente hasta convertirse en ruido, en ruido atronador que se escuchó en toda España; y de España pasó á los países extranjeros; y de allí vinieron también oleadas de admiración que acrecentaron el tumulto. Nadie conocía de vista el autor de tanta obra inmortal.

Un día, el día 26 de Marzo de 1883, el público amotinado, ansioso de contemplar al hombre que tanto le había hecho pensar y sentir, se dirigió en tropel á su casa, le sacó á viva fuerza del apacible retiro donde vivía y lo presentó ruborizado y confundido á la muchedumbre. «Aquí tenéis á D. Benito Pérez Galdós, el autor de *Gloria*, *La Desheredada* y los *Episodios nacionales*.»

—¡Toma!—exclamó alguno entre la gente.— ¡Pues, si ese es un estudiante de Canarias que yo veía todos los días, hace algunos años, en el Café Universal!

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

## EL ARTE Y LA HISTORIA

(Conclusión)

Creo que esta aspiración universal hacia la belleza, puede satisfacerse igualmente con cualquiera de las Bellas Artes ó de sus manifestaciones; y comprendo que el árabe al contemplar los complicados dibujos é inscripciones ornamentales, realizados por la brillantez del oro y los colores, experimente un goce tan grande como el que tengamos nosotros á

la vista de una estatua ó un cuadro; que la Ornamentación sola pueda llenar en su alma el vacío de las representaciones de la figura y los afectos humanos que su religión le veda, y que esta contemplación le produzca ideas y sensaciones más profundas que á nosotros que tenemos más ancho campo donde ejercitarlas. La Arquitectura, por otra parte, proporciona también ancho vuelo á su fantasía, y por esto no podemos decir que estos pueblos y estas gentes sean menos sensibles al Arte que los demás, ni que las Bellas Artes tengan categorías, ya en sus divisiones principales, ya en las que de cada ramo se derivan. En Arquitectura puede tener igual valor estético un templo, que un palacio, ó un castillo, ó un arco triunfal; en Pintura un cuadro religioso, que otro histórico, ó de costumbres, ó de paisaje; y la Ornamentación, que constituye por sí un ramo del Arte mixto de la Arquitectura, la Pintura, y la Escultura, — aunque no estemos acostumbrados á que se la clasifique de este modo — no creo que es inferior tampoco á ninguna de las otras formas de expresión.

Estas afirmaciones que acabo de hacer, — entiéndanse que son un *sospecho*, no un *creo*, — me conducen á sospechar también que el objeto de las Bellas Artes es la forma (lo que han llamado el *Arte por el Arte*). Si otras razones no me indujeran también á pensar esto, no sería la que menos me inclinara á ello el saber que la mayoría, la casi totalidad de los artistas, no somos ni filósofos, ni sabios, ni moralistas; ejecutamos lo que sentimos, sin darnos mucha cuenta de ello, y en la parte técnica, los que no salimos eminencias hacemos lo que nos enseñan, ó vemos que los otros hacen. Las obras de Arte se aprecian siempre por la forma que tienen, y no por la enseñanza que encierran. Si producen otra impresión que la que se desprende de su belleza, es indudable que el autor tiene parte en ello, pero inconscientemente, y la mayor parte de las veces estas impresiones son tan variadas como los individuos, y según las épocas.

Es muy extraño que si la Arquitectura gótica encierra todas las excelencias de la idea católica, y en aquellos templos se condensa mejor que en otros el sentimiento místico, la Italia, altamente católica, fuera la nación que con menos afán cultivó aquel Arte, y más extraño aún que allí naciera el Renacimiento, y que países como España, que tan bien debían comprender los espirituales encantos de sus catedrales, en las que los críticos modernos todo lo ven adecuado y simbólico, y lo suponen irresistiblemente atractivo á la contemplación de Dios, destruyeran aquellos prodigios de sentimiento con reformas y adiciones que los desfiguraban, ó construyeran basílicas como la de San Lorenzo, que querían tener por norma templos destinados á muy diverso culto, y que por consiguiente debían tener un sentimiento muy diferente. Y no fué la obcecación de un momento, porque al del Renacimiento siguieron otros estilos, entre cristianos, y lo gótico, hasta muy modernamente, fué calificado de bárbaro, y como tal tratado. Se comprende que la mezquita de Córdoba transformada en catedral cristiana pudiera satisfacer el sentimiento de los fieles, porque la fe lo puede todo; pero que se construyeran templos paganos de nueva planta, teniendo como se tenían ya los modelos que llenaban nuestro ideal, no se comprende, y hasta hace sospechar que no le llenaban. Véase por qué es muy aventurado hacer conjeturas y sentar de plano teorías sobre el carácter de la religión de los egipcios, ó los griegos, apoyándolas en el carácter de sus templos. Al cabo de un número de siglos suficiente, si no quedaran más datos que los restos de los monumentos, ¿sería posible atribuir á una misma religión la catedral de Colonia y San Pedro de Roma?

Si la Pintura y la Escultura cristianas, en aborrecimiento á la forma que había sido la base de las Artes paganas, rompieron con ella, no hicieron más que anonadarse; para ser algo tuvieron que volver á la forma paulatinamente; no perecieron antes misera-

blemente porque la Arquitectura y la Ornamentación subsistían, y á ellas se acogieron en este periodo de transformación; pero hasta que volvieron á acogerse á la forma no lograron ser independientes. Y, desengañense los entusiastas de los pintores cristianos anteriores al Renacimiento, las Artes no pueden expresar concretamente ideas abstractas; ni son místicas las Vírgenes de Leonardo de Vinci ó Rafael, ni las de Giotto ó Cimabue tampoco; las primeras son más bellas que las segundas, estoy por aquellas. De todos modos, y este es el objeto de esta comparación, tanto las unas como las otras han sido concebidas al calor de la misma idea. ¡Quién lo diría!

Podría multiplicar las razones que me inducen á pensar que el Arte consiste en la forma, ó mejor dicho en la belleza é idealización de la forma, pero no tengo espacio para hacerlo.

Siendo este el objeto y el móvil del Arte, ha de afectar más al sentimiento que á la razón, y como en el hombre el sentimiento y las pasiones no varían como la razón y la inteligencia, puede explicarse mejor el que haya llegado á grande altura independientemente del grado de cultura y civilización.

Si hubiera una belleza absoluta, llegado el Arte á una altura dada hubiera permanecido siempre estacionario; pero como es una aspiración vaga é indeterminada é indeterminable, varía el sentimiento humano y vaga sin cesar; marcha por un camino, adelanta en él hasta que cree haber alcanzado la belleza deseada; pero luego se cansa y cambia de ruta, para volver á avanzar y volver á cambiar, pero nunca para volver atrás. Si alguna vez dirige alguna ojeada en este sentido, ya hemos visto que no puede desandar lo andado.

El creer que hay una belleza única y absoluta es lo que hace pensar que las Artes adelantan y retroceden, y también el no acordarse que la forma puede idealizarse y embellecerse de mil modos, con la proporción, con el color, con la expresión, con las combinaciones de muchas formas distintas, con la agrupación; así es que hay error siempre en querer comparar obras de índole diversa, y querer averiguar cuál encierra en mayor cantidad la belleza. ¿Es superior la Arquitectura egipcia á la griega, ó á la romana, ó á la gótica, ó á la moderna? Cada uno dirá su cosa, porque nadie lo sabe. La comparación sólo cabe entre el grado de perfección técnica de obras de un mismo género.

Si hubiera una manera de haberse manifestado el Arte superior á las demás, la facultad del hombre de aspirar á la belleza tendría eclipses inexplicables al no haberse fijado en aquella manera para siempre, al no volver á ella de vez en cuando en los periodos lúcidos.

Vemos pues que en estas materias, como en las teológicas, la confusión y la duda nos asaltan por todas partes; que nos es imposible fijar una guía segura, que las Bellas Artes deben relacionarse por algún lado con las demás manifestaciones del hombre; pero que se dice demasiado á la ligera que su prosperidad depende del grado de cultura, ó de apogeo que una nación alcanza.

Para mi modo de ver, será más fácil decir y averiguar por qué el Arte antiguo, ó el bizantino, ó el renacimiento, ó el barroco, fueron como fueron, según los diversos periodos históricos, que saber cuál llene una aspiración más alta. Á las transiciones de uno á otro estilo no las llamaría decadencias, sino transformaciones, como llamaría mucho menos decadencia, á no ser en sentido figurado ó relativo, á las épocas de transformación histórica en que se verificaron generalmente en la antigüedad las transformaciones artísticas; es decir: que el Imperio romano, por ejemplo, decaía de lo que había sido, empujado por los bárbaros del Norte, pero aunque los llamaran así, ellos traían una civilización mejor á la que el mundo marchaba sin interrupción. Del Arte no puede decirse lo mismo, que haya adelantado á cada evolución; pero sí que no ha atrasado, porque el sentimiento humano no ha atrasado tampoco.

Así pues, á mi modo de ver, el Arte puede ser un auxiliar para el estudio de la historia, por la idea que en las medallas, en los relieves, y en las pinturas puede dar de las costumbres y de la indumentaria; pero considerado de otro modo, sólo puede conducir á fantasías y errores.

CEFERINO ARAUJO SANCHEZ.

## DIDO

III



ASTA aquí la exposición de la tragedia. Faltan el nudo y el desenlace. Amor ata ese nudo con tal fuerza que sólo la muerte podrá romperlo. Y ésta llega y lo rompe. Ausonio ha sintetizado toda la historia de Dido en uno de esos juegos de palabras á que tan aficionados se muestran los poetas de todas las decadencias:

*Infelix Dido nulli bene nupta marito!  
Hoc percunte fugis, hoc fugiente peris.*

¡Infeliz, en verdad, condenada siempre á ser mal casada! La muerte de Siqueo causa su fuga; la fuga de Eneas causa su muerte.

Aquel amor que, según la expresión virgiliana recordada al final de nuestro anterior capítulo, *bebía Dido á grandes sorbos* durante el banquete á los troyanos, ha echado hondas raíces en su corazón. El rostro y las palabras del héroe están como pegados inseparablemente á su pecho. *Herent infixi*, dice el latín, y copiamos el original para que los lectores que no hayan tenido ocasión de conocer el de estos celebrados poemas clásicos, comprendan con cuánta justicia se pondera la gráfica fuerza de expresión de su lenguaje y midan las dificultades invencibles con que se lucha para trasladar á nuestros modernos idiomas, tiesos y entecos, esos detalles, pequeños en sí, pero grandes por su belleza, que á los autores latinos y griegos permitían la flexibilidad y lozanía de su rico idioma. *Herent*, están adheridos, asidos, y para precisar más, el adjetivo *infixus*, el cual denota por lo característico de su composición cuán profunda es la adherencia. Fray Luis de León, variando la imagen, traduce: *están en relieve*.

Todas las emociones fuertes, comprimiendo el corazón, tienden á buscarle desahogo en la comunicación á una persona querida. Dido halla ésta en Ana, hermana suya, personaje ideado por Virgilio á imitación de la nodriza de Medea en los *Argonautas* de Apolonio. La intervención de Ana, especie de confidente de tragedia antigua, mueve la acción y evita la anti-dramática monotonía de la narración directa ó del monólogo. Dido revela á Ana su secreto, el dolor que sufre de sentirse enamorada de Eneas, porque este amor rompe la fidelidad jurada á los manes del difunto Siqueo, y sus firmes propósitos de ahogar á todo trance una pasión que, naciente todavía, manifiéstase tan poderosa que en ella reconoce ya *las brasas del antiguo amor* (*veteris vestigia flamma*).

Ana escucha su confidencia, y no tan solamente no condena la pasión de su hermana, antes por lo contrario, la estimula y aguijonea hablándole en nombre de la naturaleza cuyos instintos contradice con su viudez impenitente, y aun en el del interés político, porque la alianza con Eneas y con sus aguerridos troyanos habría de afianzar de un modo solidísimo el naciente estado cartaginés. Esto era lo que deseaba Dido, quien, como todos los que someten á ageno consejo los sentimientos de su alma, pedíale al de su hermana más que auxilio para



UNA CALLE EN LOS PIRINEOS (LES ESCALDES)

COPIA DE UN CUADRO DE J. MASRIERA, DIBUJO DEL MISMO



DE PASEO, APUNTES A PLUMA, POR M. FOIX

ahogar los suyos, modo de legitimarlos con razonamientos, á fin de aparentar y hacerse la ilusión de que lo que le mandaba el gusto se lo mandaba la conveniencia. Entréganse entonces las dos hermanas á copiosos sacrificios á Ceres, á Febo, á Baco, y, antes que á todos, á Juno la casamentera. «La propia Dido, hermosa sobremanera, teniendo un vaso grande en su mano derecha, le vierte en medio de la frente, entre los cuernos de una vaca blanca.» Recurren asimismo á los augurios y adivinaciones, mas, exclama Virgilio: «¡ay entendimientos vanos de los adivinos! ¿qué aprovechan á la que está fuera de sí de amante ni los sacrificios ni los templos? El dulce amor entre tanto seca las médulas de los huesos y la herida oculta del corazón es dificultosa de curar.»

Arde en amor la desventurada Dido, y fuera de sí, no sosiega en toda la ciudad, como cierva que triscando descuidada por los bosques de Creta recibió la flecha perdida que el pastor, jugando al arco, lanzó de lejos inadvertidamente. Huye disparado el animal selvas y campos á través; de su costado cuelga la mortal saeta. Unas veces lleva á Eneas por medio de la ciudad. Muéstrale las riquezas de Siqueo, las obras en contrucción. Comienza á hablar y no acaba las razones. Otra vez, no estando en su acuerdo, quisiera al anochecer repetir los banquetes: otra vez quisiera oír las historias referidas y otra vez quisiera estar colgada de la boca que las refería. Después que se han despedido y la luna oscura trae á mal traer á la luz, y las estrellas cayendo traen el sueño, sola Dido está triste en la cámara de su palacio. Recuéstase y no en su lecho; finge diálogos con el que está lejos de allí, ó detiene á Ascanio entre sus brazos por ser retrato muy al vivo de su padre, á ver si con esto puede minorar algo su rematado amor. No se prosigue con la fábrica de las torres; la juventud no se ensaya para la guerra; no reparan los puertos ni cuidan de cómo se han de defender de los contrarios; suspéndense las obras comenzadas y las grandes alturas de los muros y la máquina que iguala con el cielo.

Paréceme tan bella, por más que un tanto recargada de color, la pintura que precede, de la agitación moral y física de Dido enamorada, que no he sabido negarme á transcribirla íntegra empleando la traducción, aunque alterada en ciertos detalles, del maestro Fray Luís. Es pálida, palidísima, mas ¿dónde encontrarla ó cómo hacerla que no lo sea?

Á todas estas, Juno y Venus, protectoras respectivas de tirtos y troyanos, acuerdan dar vado á tan difícil situación procurando una entrevista secreta entre Dido y Eneas. El diálogo de las dos diosas y su tratado de paz son modelos de ironía mujeril, porque las dos llevan segundas intenciones; Juno la de impedir el arribo de Eneas á Italia, y Venus la de burlar á su rival. Cumpliendo las inspiraciones de este divino concierto, Dido invita á Eneas á una partida de caza.

Si no temiésemos alargar este artículo, incluiríamos la traducción de los treinta y cinco ó cuarenta versos en que pinta Virgilio el animado cuadro de la marcha y de la cacería. Permítasenos citar el gracioso detalle del muchacho Ascanio, que es de la partida, y que «se alegra en su fuerte caballo, puesto en medio de los valles, y ya pasa corriendo á los unos, ya á los otros, y desea que entre las reses cobardes que huyen, le salga un feroz jabalí ó que baje del monte un rojo león.» De pronto deshecha tempestad pone en dispersión á los cazadores, y Dido y el capitán troyano se encuentran acogidos á una misma guarida. Virgilio describe la escena con púdica solemnidad. «La diosa Tierra, dice, la primera y luego Juno la casamentera hacen la señal: resplandecieron los fuegos y el cielo fué testigo del casamiento, aplaudiéndole las ninfas desde un alto monte.» (*Summoque utularunt vertice Nymphæ. ¡Cuán hermoso verbo el utularunt, dieron alaridos!*) «Este fué el primer día que enfermó Dido de muerte y de donde tuvieron origen

sus males, porque aquí perdió el miedo á su honestidad y á su fama y no se le da nada de mostrarse amante, y con decir: será mi marido, le pareció que excusaba su liviandad.»

Pronto se difundió la fama de aquella aventura llegando á oídos de Yarbás, rey vecino de Dido, y que había pretendido inútilmente su mano.

Despechado y celoso al saber el amor de la reina á su huésped, pide venganza á Júpiter. Júpiter le exoye, y ordena á Mercurio que baje á la tierra y trasmíta á Eneas la orden de que marche á Italia á cumplir su destino. Oye Eneas estupefacto la orden del cielo, y dispuesto á cumplirla, manda á sus capitanes que aparezcan secretamente la flota. «Mas ¿qué hará? ¿Qué palabra le dirá á su reina que está loca de amante? ¿Por dónde empezará su plática que le escuche? Una vez está de un parecer, otra de otro, y tanteándolo todo, nada le agrada.»

Pero, ¿quís fallere possit amantem? ¿Quién puede engañar á una mujer que ama? La reina sospecha; llega pronto la Fama á confirmar sus sospechas. «Embravécese mendiga de razón» según la expresión pintoresca de Fr. Luís, y vaga por la ciudad como desenfadada bacante. Por fin resuelve salir de dudas, y dirigiéndose á Eneas le echa en cara su perfidia en palabras rebosantes de pena y fiero dolor. «¡Así, traidor, que has creído poder estar oculta tan disforme maldad, y sin que yo lo entienda partirte de mi reino! No bastan á detenerte ni nuestro amor, ni esa tu diestra que me diste, ni la idea de la cruel muerte que me aguarda. ¿Aborrecesme ya? Yo te lo pido; por estas lágrimas, por esa tu diestra, por nuestros desposorios, por el comenzado himeneo, si merecí algo de ti ó acerté á serte grata en algo (*fuit aut tibi quidquam dulce munus*), ten piedad de esta casa que está para arruinarse, y, si aún mis súplicas pueden algo, muda tu decisión.... Si al menos me quedase de tu estancia la suave memoria de un hijo; si en mi palacio viese jugar á un pequeño Eneas parecido á ti, ya llevara mi desamparo y tuviera con quien consolar mi cautiverio.»

Procura Eneas consolarla, hablándole á la razón y haciéndole presentes los mandatos de los dioses, ratificados há poco por el mensaje de Júpiter. ¿Cuán enérgica, cuán viva la explosión del alma de la reina ante aquella contestación fría, más fría aún por lo mismo que Eneas trata de endulzarla con protestas de un constante recuerdo de aquellos venturosos días.

«Furiosa, dice Virgilio, ya rato había, miraba á Eneas volviendo aquí y allí los ojos, aunque enjutos de lágrimas, y fuera de sí le dice: ni eres hijo de una diosa, ni descendes de Dárdano, pérfido: engendrótelo el Cáucaso espantoso de sus duras peñas y te criaste á los pechos de las tigres de Hircania. ¿Para qué ya más disimulo? ¿Á qué más contemplaciones? ¿Acaso le enterneció mi llanto? ¿Mis lágrimas le movieron á llorar? ¿Quiso mirarme con sus ojos? ¿Procuró, aun haciéndose fuerza, fingir algún sentimiento? ¿Dolióse de quien le amaba como yo? ¿Por dónde comenzaré mi queja? Ya ni la gran Juno ni el padre Júpiter me miran con buenos ojos. ¡Al fin no hay de quien fiar! Yo le recibí en mi tierra desastrado y menesteroso, y fuera de mi acuerdo, le hice señor de mi reino: devolvíle su armada, salvé á los suyos de la muerte. ¡Ay de mí que las furias me abrasan! Ya es el augur Apolo, ya los oráculos Licios, ya es el mensajero de los dioses, enviado por el mismo Júpiter, el que cruza los aires para traerle el amenazador mandato. En eso se ocupan por cierto los dioses: ese cuidado por cierto congaja su quietud. Ni te detengo ni he de desmentirte; vé, pide tu Italia á los vientos, tu reino á las olas. En ellas, en medio de sus escollos, si algo pueden los númenes piadosos, aún espero que encuentres tu castigo y que hayas de invocar más de una vez el nombre de Dido. Ausente, te seguiré con las espantosas llamas, y cuando la muerte fría arranque el alma de mi cuerpo, mi

sombra te seguirá doquiera que vayas. Purgarás tu pecado, infame. Yo lo oiré, y esta fama llegará á mí aun en lo profundo del infierno.» Y rompiendo de pronto su discurso, huye de Eneas fuera de sí.

J. SARDÁ.

(Concluirá.)

## RUINAS



cosa de una legua de Tarragona y desde la vía de Francia, se ven, á orillas del mar, las ruinas de un pueblecillo llamado Tamarit, que apenas se halla en mapa alguno, pero que figuraría seguramente en letras muy gordas en un diccionario geográfico-pintoresco, si éste existiera.

Sentado en un morro de peñascos, dominando la playa y la llanura, parece á lo lejos como una decoración teatral recortada en cartón sobre un lienzo azul esplendísimo, y atrae la curiosidad del viajero, sorprendido de ver tan cerca de poblado, y en medio de feraz vegetación, la triste osamenta de un pueblo, abandonada al traqueteo de las olas.

Semejante curiosidad nos llevó un día á visitarlo.

Pasadas algunas huertas y viñedos, el camino ofrece un aspecto selvático y de áspera tristeza, que dispone el ánimo al pavoroso espectáculo de aquellas ruinas. Árboles seculares de raíces descarnadas, retorcidas, negruzcas, como vellosas patas de arañas colosales, se adelantan al borde del camino y recuerdan á la imaginación los fragosos senderos del *Infierno* del Dante. Más allá, desmembrado pinar sacude la hispida cabellera, vibrante, rumoroso. Con sus troncos lisos y enhiestos y sus redondas copas, parece un bosque de picas, clavadas en el suelo, ostentando en la punta ensangrentadas cabezas.

Ya estamos en el lugar. Su ruina y abandono son completos. Como si todo él no fuese un cementerio, el antiguo cementerio es lo primero que se encuentra en torno de una iglesia muy chica, que la yedra cubrió de arriba abajo piadosamente, y allí permanece oculta como una arquilla entre hojarasca. Más arriba, las calles están desiertas y convertidas en escombros; las casas, agrietadas; algunas paredes, de pie, próximas á desplomarse, descarnados los cimientos; pozos y graneros, que no vieron jamás la luz, abiertos ahora al relente de la noche; los escombros, como la avenida de un río que se hincha, crecen, van subiendo y se tragan las puertas; para entrar en las casas hay que agacharse como quien baja á un subterráneo; sobre esta desolación se alzan los destartados y negros paredones del antiguo castillo.

Sólo queda en pie la iglesia parroquial, en una plazuela solitaria y henchida de hierba que crece en los intersticios de las losas. Muy cerca suenan los bramidos del mar, y la hierba, estremecida y friolera, agita sus ásperos plumajes al bufo del viento que rabia y se enfurece estrellándose en aquel recodo. No lejos de allí la llanura verdea suavemente iluminada por su halo y el cielo brilla con deslumbradora claridad.

Una pobre mujer, único ser viviente que hallamos en todo el pueblo, con oficios sin duda de guarda y sacristán, sacó de no sé dónde unas llaves y se ofreció á enseñarnos la iglesia.

—Aquí—nos dijo con la mayor sencillez, pisando el atrio—mataron al cura de un tiro.

Pasamos el dintel. La iglesia es pequeña, y cubierta de una ligera capa de cal, descascarada y mugrienta. Como todas las de lugar, tiene sobre la puerta, el coro, en medio, el púlpito en el altar mayor un antiguo retablo con relieves en oro mate, y, como todas las de lugar, húmedas y fúnebres, aquel indescriptible aspecto entre catacumba y bodega que da caloríos. Ancha faja de sol polvoriento la cruza oblicuamente por la mitad, y en un altarcillo lateral va á dar en el rostro de una imagen yacente, envuelta como una momia en trapos de dudosa blancura, tirando á amarillo con la humedad y el tiempo, y encerrada en una urna de cristal. Cierra el retablo del altar mayor una puerta de lienzo de dos hojas, pintada al temple con mugrientas figuras de Jesús subiendo al calvario, y los Santos Reyes, de tamaño mayor que el natural y tan gigantescas proporciones que parecen pálidos fantasmas de una pesadilla. En el púlpito no hay escalera; está destruida; la gente del lugar dice que predicó en ella San Vicente Ferrer y desde entonces cegaron cuantos intentaron subir á él. ¿Qué fantástico conjunto! El estruendo del mar, ¡siempre el mar! retumba en aquellas bóvedas con la sorda vibración del aire en la cavidad del caracol marino.

Por la escalera del coro, subimos á la casa del párroco, abandonada también, y también entristecida por los recuerdos de otro crimen. Otro cura había sido asesinado allí, en el mismo comedor, víctima como el primero de las salvajes disensiones del lugar. Los asesinos con las propias armas echaron á perder los muebles, las puertas, todo. Aún cuelga en la pared un cuadro al óleo, de un santo con hábito de fraile, abierto en canal de un sablazo; la habitación desmantelada, silenciosa, frunce el ceño con la memoria del crimen, á pesar del sol que entra á torrentes y del delicioso espectáculo de sus balcones que, á inconmensurable altura, dominan la vasta llanura de las aguas.

Aquella vista fascinadora, dulcísima, sonriente, nos trajo á la playa otra vez. ¡El mar! ¡el mar! De todos lados nos llamaba, en todos le sentíamos cerca, centelleaba en todas partes su inmenso reflejo.

Una vez en la playa, tendimos á nuestra espalda, y paralelo á la orilla, larguísimo lienzo de muralla y las paredes de la misma casa parroquial; más cerca, los grandes peñascos que rodaron hasta la arena; y en medio de ellos, en pie, una torre atalaya, cilíndrica y aislada, como un cucurucho plantado allí; luego, la faja de arena y casquijo, y adelantándose por

fin entre las olas algunas ingentes rocas de naturaleza granítica y formas raras. Algunas tienen las del león echado, alta la cabeza entre las extendidas patas delanteras y la grupa recogida; otras como pequeños islotes, parecían hipopótamos nadando. Centinelas avanzadas de las ruinas; cómo salen a resistir la embestida del oleaje! Pero esta es constante, pertinaz, sin descanso ni de día ni de noche. ¡Qué atronadora lucha! ¡Qué inmensos rollos de espuma, deshaciéndose sobre los robustos lomos ó cercándolos como millares de serpientes movedizas! Los cubren, se retiran, vuelven, muerden, se enroscan, amainan y acarician los flancos reflejándolos un instante en el verdoso cristal de la onda inquieta, para volver luego al asalto, rebulléndose. A veces, tras el primer empuje alzanse de nuevo las olas echando espumarajos de rabia sobre las mismas ruinas, se estancan de paso en algún hoyo, ó se retiran arrastrando peñas y cascote con fragoroso estruendo. Así van descalzando aquellos muros, que las contemplan inmóviles por las vacías cuencas de sus aspilleras y desportilladas ventanas. Parece que las ruinas desafían al mar. Sus bramidos retumban con tal sacudida en aquellas concavidades, que á lo mejor suena rebotando alguna piedra por el interior de la torre, ó se desprende la tierra hecha polvo de las tapias. Pero el castillo y los muros, inmóviles; y en vano ronca el monstruo, ora creciendo, ora deshinchándose con acompasada cadencia. ¿Cuándo triunfará por fin, y al empuje de su último asalto arrasará aquel montón informe de escombros?

De vuelta de la playa, pasamos otra vez por la plazoleta y nos despedimos de la pobre mujer. Pálida y desencajada, se adelantó á pedirnos una limosna por amor de Dios, para enterrar á una muerta.

— ¡Una muerta!... ¿Dónde está?  
— Mire V... allí!

Y en efecto, por entre los postigos de una casucha, todavía en pie, vimos amarillear unos cirios, y un bulto informe sobre unas tablas.

La noche se nos venía encima á toda priesa y dejáramos en aquel lugar, solitario, sin alma viviente, á la pobre mujer velando el cadáver de su vecina.

J. YXART.

## AMSTERDAM Y SU EXPOSICIÓN COLONIAL



AMSTERDAM ES una gran ciudad comercial y marítima, de un aspecto sumamente original. Sus casas, alineadas á lo largo de los canales, parecen interminables líneas de navíos de tres puentes anclados en un puerto.

Efectivamente, la construcción especial de los edificios particulares, es de tal índole que les da á todos ellos el aspecto de buques puestas de popa. Las fachadas están embadurnadas de alquitrán y rematan con una especie de frontón como los que decoraban el alcázar de popa de los navíos de guerra del pasado siglo. Los adornos son barrocos y consisten en leones, flores, frutos, cuernos de la abundancia, jarrones, etc., pintado todo ello de blanco, lo cual se destaca sobre el fondo negro del betún que preserva á las casas de la humedad. Las ventanas casi se tocan las unas á las otras, formando una hilera en cada piso. Las entradas de las casas son chiquitas; una al nivel del entre-suelo á la cual se sube por una escalerilla como las laterales de los vapores; otra, más baja que el nivel del suelo, conduce á los sótanos y se desciende á ella por una escalera de mano, que le da todo el aspecto de una escotilla. De la parte superior del frontón sale una viga, perpendicularmente á la fachada, cual si fuera un botolón, de cuyo extremo pende una polea, que sirve para entrar los muebles y otros diversos objetos en las habitaciones.

La ciudad de Amsterdam es muy extensa; cuéntanse en ella una infinidad de puentes, lo que unido á sus canales y á sus islas, le da el aspecto de una Venecia del Norte. Tiene un puerto de primer orden con diques inmensos para reparar y botar al agua los buques, y tiene además una universidad y varios museos.—Los principales son dos, uno situado en el *Kaisergracht* y otro en el *Doolen*. En este último es en el que se puede admirar *la Ronda de noche* de Rembrandt; el cuadro que representa el comité de los mercaderes dictando su código de comercio, varios retratos del mismo pintor, algunos de Vandyk, otros de Breugel, de Vander Boos, de Lucas de Leyden, el célebre cuadro de *la Paz de Munster* de Van der Helts, y un sin fin de obras de otros autores, entre los que se cuentan Holbein, Dürer, Ruisdel y Cornelius Bega.

\* \*

Sobre un terreno circuido por canales, á dos pasos de los interminables *polders*, siempre húmedos, siempre verdes, debajo de un cielo cargado de vapores acuosos que aumentan las distancias y velan los objetos, no lejos de esos gigantes molinos de viento que parecen torres aladas, contrastando con las casas negras y los palacios de techos puntiagudos, cubiertos de pizarras ó de rojas tejas, se levanta un templo indio colosal, cuyas blancas paredes se destacan por claro, sobre todo lo que le rodea. Diríase que ha sido construido por los descendientes de *Visva karma*, el arquitecto celeste, el padre de los *stapathi*, los primeros constructores de pagodas, los fieles guardadores de las reglas de la esencia de la proporción (*Manasraja*) y de los preceptos sobre las sagradas formas escritos en los libros del *Myamata del Casyapa* y del *Vayghanasa*, los devotos observadores de los ritos sobre el genio instituidos por el propio *Brahma*, y cuya omisión hundía el templo y con él á los que lo habían levantado, yendo á parar á un lugar donde sufrieran condenación eterna.

La alta y mármorea fachada tiene sobre su frontón la colosal serpiente Vasuki, sostenida por los hijos de *dití* y de *adití*. Las

cabezas del monstruo tienen amarradas con los dientes las armas neerlandesas. Dos grandes torres cuadradas avanzan de los lados, torres sostenidas por elefantes de guerra, entre los cuales se abre paso una alta escalinata que parece conducir á algún misterioso altar. Termínanse dichas torres por dos amontonamientos piramidales de flores, carros, monstruos y figuras extrañas, representación de las formas primordiales anteriores á la creación de las cosas, según el dogma brahminico. Un inmenso chal de cachemira va de una torre á otra, sostenido de trecho en trecho por una graciosa columnata, proyectando su sombra sobre los bajo-relieves del vestibulo.

Este magnífico edificio es el que da entrada al Palacio de la Exposición. Este está rodeado por un parque muy extenso en el cual figuran una infinidad de pabellones, monumentos y construcciones pertenecientes á varias colonias y á diversos particulares. Distinguese á la izquierda el Palacio de las Colonias Holandesas, donde están expuestos todos los productos naturales de la India Neerlandesa, los artefactos de los habitantes de aquel país, todos las especies animales que en él se crían, todas las razas que pueblan el archipiélago indico, los ídolos de sus religiones, las formas de sus templos.

También pueden verse allí, de relieve, y sobre planos, todas las construcciones hechas por los holandeses en dichos territorios, modelos de los buques allí usados, memorias sobre la colonización, sobre el estado sanitario, sobre los usos y costumbres de los indígenas, etc., etc.

Adosado á este edificio, está todo un pueblo javanés: desde la sencilla casa del labrador, construida con bambúes y levantada del suelo para que las inundaciones no la arrastren, hasta el palacio del Radjah cubierto interiormente de tapices, de ricas armas incrustadas de pedrería, con su patio central que tiene en medio una fuente de aguas olorosas, todas las construcciones del territorio de Java están allí representadas. En las casas de campo vense los animales domésticos, los aperos de labranza, las carretas y carruajes del país; cerca de ellas, anclados á la orilla del canal vecino, están las lanchas y los buques de los marinos, pintarrajeados todos ellos, buques cuya proa termina con la cabeza fantástica de un monstruo rojo, lleno de filigranas de oro. Sobre sus velas amarillas, azules y negras, destácanse en blanco y encarnado las insignias del departamento á que pertenecen las embarcaciones. Más allá del canal están los talleres en que los tejedores de Cachemira fabrican sus chales y sus velos de una finura incomparable; cerca la verja de salida se levanta el edificio del *Gamalang*, edificio en el cual se sirve el arroz indio con las 7 clases de carne, las 29 especias y las 33 salsas distintas, mientras los comensales están admirando la danza sacra que unas parejas del país bailan con sus atributos religiosos, al són de unos instrumentos indefinibles, que tienen algo de tímpano, de caldera y de tambor, danza que va acompañada de un canto gutural, muy parecido al de las peteneras, y del ruido que producen con unos huesos, ruido que se asemeja bastante al de unas castañuelas.

Detrás de todos estos edificios está el gran pabellón de la Exposición Agrícola con su jardín y sus invernaderos, cogiendo toda la parte posterior del palacio central. Sigue á este la inmensa galería de máquinas, en la cual se ven multitud de inventos para economizar tiempo y esfuerzo, sobresaliendo los alemanes sobre todas las demás naciones en este ramo. Viene luego la galería de pinturas, en la cual están regularmente representadas Holanda, Bélgica y Francia, pero mal representadas todas las demás naciones á causa de su concurso á la Exposición artística de Munich. Inmediatamente después, ya hacia la derecha del Palacio de la Exposición, rodeados por los jardines del parque, hállanse los *restaurantes populares* de todas las naciones colonizadoras. Llenan la parte derecha del parque infinidad de pabellones en los que se venden cigarrillos, cerveza y vino de todas las procedencias. Allí están representadas la Habana y Filipinas; Grecia, España, Italia, Francia, Alemania, Rusia y con ellas todos los líquidos á propósito para apagar la sed y confortar ó refrescar el cuerpo. Levántase, no lejos, distinguiéndose entre todos los edificios que la rodean, por sus puntiagudas torres y su fachada renacimiento holandés del siglo XVI, la casa del célebre *Lucas Bools*, inventor del *curacao*.

Cerca de ella, la comisaria China tiene plantadas sus tiendas y anclados sus buques, buques que son una verdadera joya, dorados, llenos de incrustaciones de marfil y de nácar, con sus figuras monstruosas en el timón y en la proa, con sus estandartes y sus faroles llenos de borlas y colgajos. No está muy distante el pabellón del correo y del telégrafo, al lado del cual se divisa la panadería holandesa, construcción antigua cuyos bajos y tienda asemejanse á nuestro antiguo horno de San Jaime, donde se venden pastas arcaicas, análogas á las de aquel. Muéstranos las cabañas de los mestizos de Surinam una verdadera tribu colonial de aquellas razas cruzadas, cuyos individuos ejercen á la vista del público todos los trabajos que les son peculiares. Los cuatro edificios de los grandes cafés restaurantes, holandeses, franceses, alemán é inglés, con el artístico pabellón gótico alemán de los vinos del Rhin, rodean la plaza central del parque, en la cual, bajo un inmenso toldo, da conciertos tarde y noche una de las primeras orquestas de Berlín. Casi arimada á las paredes del Palacio de la Exposición está la famosa taberna de Heidelberg *El gallo y las llaves*, cuya forma es la de un inmenso tonel. Las cervecerías de *Munich*, de *Pilsen* y de *Batavia* se distinguen por lo característico de sus construcciones, con sus techos de pizarra, sus artonados y sus ventanales de vidrios de colores, en los cuales están esmaltados caprichosos escudos y guerreros *landskenets*. Sirven al público las bebidas algunas muchachas vestidas al estilo antiguo alemán, que parecen comparsas del *Fausto*, y presentan la cerveza ó el vino del Rhin en preciosos vasos de vidrio de Bohemia, en copas afiligranadas de Venecia, ó en boks de loza esmaltada de Thunn. Una infinidad de monumentos, hechos á propósito para mostrar los materiales de construcción y el hierro forjado, circuyen las avenidas de los dos puentes que conducen á la parte anterior del parque. Este está ocupado principalmente por el pabellón de la ciudad de Amsterdam, por el del Rey de los países bajos, y por el de la Prensa.

El primero es un soberbio edificio en cuyo frontón está pintada magistralmente la vista del puerto de Amsterdam. El segundo es una casita del estilo flamenco de la época de *Guillermo el Taciturno*, y el Pabellón de la prensa es un espacio local artísticamente decorado, en el que se encuentra un salón central donde se leen todos los periódicos del mundo, dos late-

rales, uno para secretaría y otro para comités y pequeñas reuniones, una sala de correspondencias con sus librerías de consulta en todas las lenguas europeas, y un cuarto *lavabo*; todo amueblado al estilo flamenco del 1600, lo cual no excluye que admiremos en el suelo y en las paredes ricos tapices de la India y del Turquestán.

Entre estos pabellones hay otros que difieren esencialmente por su estilo árabe. Son los de Argel y Túnez, en los cuales se presentan, muy bien expuestos, todos los productos naturales de la vegetación de estas colonias francesas, y los trabajos curiosos de sus habitantes. En el de Túnez, dos moros trabajan todo lo relativo al cuero, arreos, arneses, botas y sillas de montar, mientras otros tejen listadas telas de lana y tapices de colores chillones pero armónicos. En fin, una multitud de tiendas de campaña, de pequeñas instalaciones y de monumentos diversos llenan los espacios del jardín no ocupados por la vegetación.

\* \*

Vamos ahora á ocuparnos de lo contenido en el PALACIO DE LA EXPOSICIÓN ó sea en el gran edificio central. Pasados los umbrales del pórtico ó entrada, que parecen guardados por las estatuas ecuestres de dos guerreros neerlandeses primitivos, encuéntrase uno en la gran galería que forma la arteria principal de la construcción, á la que van á parar perpendicularmente las galerías secundarias, cada una de las cuales está ocupada por una nación ó reino. Pabellones, columnas, estanterías, estatuas, monumentos, pirámides y mil otras construcciones, llenan la galería central. Pendones, oriflomas, gallardetes y banderas, cuelgan de su elevadísimo techo. Todos los grandes inventores y los genios que han empujado la evolución humana, están representados en las preciosas pinturas decorativas que forman el friso que corre por encima de los arcos de entrada á las galerías laterales.

Las diversas instalaciones de las naciones europeas que á esta Exposición han concurrido, presentan un carácter análogo todas ellas. La facilidad de relaciones, las comunicaciones rápidas, la máquina aplicada á las manufacturas, el utilitarismo industrial, han dado un aspecto casi uniforme á los productos de todos los países civilizados. Si no fueran las banderas y los trajes de los soldados que guardan las respectivas entradas de las galerías nacionales, difícilísimo sería saber cuándo se pasa de una nación á otra. No obstante, este carácter uniforme se notaba aún más en la Exposición de París del 78, que en la presente de Amsterdam. En ésta, empíezase á ver dentro la nota general de la civilización, una tendencia á la diferenciación entre los diversos países, tendencia que creemos se irá acentuando más de día en día, puesto que el progreso sólo consiste en la diferenciación; así vemos que las naciones más adelantadas son aquellas cuyos individuos son más diferentes entre sí por su inteligencia y por sus costumbres, aquellas en que sus ciudadanos tienen, cada uno de ellos, una personalidad más marcada y distinta de la de los demás.

Así, lo que distingue de las otras á la SECCIÓN NEERLANDESA, (la primera que encontramos) es un amor profundo á todo lo serio. Sus instalaciones están llenas de carácter: hase estudiado el arte nacional de principios del siglo XVII, y se ha mejorado; hanse continuado otra vez las antiguas industrias con el mismo carácter que tuvieron, pero con mayor perfección. La casa Van Gelder Zoonen, por ejemplo, ha presentado papeles de impresión y de escribir de los llamados *verge Holanda* á la forma, de una calidad admirable. La academia de Leyda ha expuesto trabajos tipográficos al lado de los cuales están las matrices de fundición de los Elzevir, y las obras impresas por éstos, para que se compare y juzgue. Se han reproducido con la oleografía los cuadros de Vander Helts, Rembrandt y otros. Se han tejido telas de hilo, mejores que las antiguas holandas, y se han hecho blondas de todos los matices, que han superado las que les dieran fama en épocas remotas. En todo lo concerniente al interior de las casas y al *confort* se ha atendido á la utilidad práctica, no al utilitarismo mercantil, dando á todos los artefactos el sello y carácter individual y de adaptación al uso á que van destinados, siguiendo y perfeccionando el buen arte nacional que se iniciara en el Renacimiento. Telas y objetos para colonias, blindajes para buques, máquinas para desecar los pantanos y mil otros objetos útiles llenan la Sección Neerlandesa, de exportación.

Bélgica aventaja aún, en arte, á Holanda; una verdadera resurrección del siglo XVI se ha efectuado allí. No hay mas que mirar todos las inmensas instalaciones de los mueblistas, cerrajeros, vidrieros y fabricantes de tapices de Amberes, Gante, Brujas y Bruselas. Han sacado partido de nuestros antiguos cueros de Córdoba para reproducirlos, de sus tapices de lana y seda para mejorarlos, de los esmaltes sobre vidrio para aplicarlos á las habitaciones particulares, de las fraguas de hierro, para fabricar todos los objetos útiles, afectando las formas más ricamente artísticas que se pueda uno imaginar; han repujado el cobre y la plata, han tallado la madera haciendo adornos y esculturas decorativas de un gusto exquisito; han perfeccionado el cristal, han fabricado papel para todos los usos imaginables y de todos los colores posibles. Y á más de esto, han presentado una riqueza en máquinas y en materiales de construcción como pocas naciones.

INGLATERRA expone una infinidad de productos útiles, pero todos tienen ese sello especial que caracteriza á todo lo inglés. Todo es liso, pulido, perfectamente ajustado, sólido; pero todas las líneas son rectas, ó curvas geométricas, y todo está como hecho á máquina y al por mayor. En todo predomina cierta rigidez y cierta frialdad diametralmente opuesta al buen gusto artístico. Así todos los muebles que presenta son como de munición, todas las instalaciones parecen obra de un contratista, todas las máquinas tienen una construcción idéntica cuando á iguales fines están destinadas.

LA NUEVA GALEA DEL SUR y la provincia de Victoria nos ofrecen, además de todas las máquinas de aplicación á la agricultura usadas por los ingleses en aquel país, las que usan los indígenas, y los productos que aquel fértil suelo da, como son vino, the, cafés, tabaco, materias textiles, cacao, frutos, comestibles, alcoholes y metales. Además, un sin fin de documentos sobre la colonización de aquellas tierras. Casi iguales productos nos muestra LA PROVINCIA DE VICTORIA, después de la cual viene la instalación de la INDIA INGLESA.

Esta nos expone en una serie de tiendas al estilo de un mercado de Bombay, todos los productos espléndidos de aquella naturaleza y de aquellos industriosos habitantes del país del Ganges. El oro en pepitas, el diamante, el carbunclo, el zafiro, el topacio, la turquesa, la amatista, la esmeralda, la perla negra y la blanca, de Bengala; los chales de Cachemira, las fajas atornasoladas del Ayodya, las pintadas indianas de Cellán, los tapices de Delí y Agra, que representan las avatares de Vishnú, las vasijas de esmaltes azules del Panjab, los jarrones dorados del Sind y las porcelanas rojas de Madrás, las maravillosas espadas de acero azul que cortan un velo en el aire, las afiligranadas joyas de Kapilavasthu, todas las imágenes de los principales dioses del panteón índico, Brahma, Siva, Vishnú, Budha, Ganega, Laksimi, Durga, etc., todos estos y otros muchos más objetos figuran en la sección de la India, la cual está custodiada por elegantes guardias negros con el uniforme típico de las tropas del país.

ITALIA está como arrinconada, ocupando un fondo de galería, detrás de la India. Se hace notar por la resurrección de su arte y de sus industrias nacionales; el vidrio de Venecia, los aceros de Florencia, los muebles con incrustaciones de marfil, las estatuas de mármol de Carrara, las preciosísimas mayólicas de Pisa y de Fayenza, sus mosaicos, esmaltes y joyas.

EL CELESTE IMPERIO tiene una grande instalación llena de porcelanas, de abanicos, de biombos, de muebles, de incrustaciones, de trabajos en marfil, nácar y concha, y de muñecos, ídolos y monstruos extravagantes. Esto á más de toda clase de instrumentos y de útiles inútiles fabricados en la China, y de un sin fin de miniaturas sobre seda.

RUSIA se ha contentado con enviar pieles de abrigo, grandes piezas de malaquita, turquesas, telas de un gusto oriental parecido al persa, trineos, tiendas de campaña, instrumentos de labranza y armas á la europea y al estilo tártaro.

LA PERSIA ha mandado una colección de tapices de un valor inapreciable, mayólicas por el estilo de las de Monises, una gran colección de libros zendas con viñetas miniadas, varias escenas del *Bundahesh* pintadas sobre tabla, extraídas de antiguos templos, un sin fin de panoplias con armas de todas épocas, y una multitud de bordados riquísimos.

EL BRASIL Y LAS AMÉRICAS DEL SUR presentan cafés, cacao, caña, azúcar y varios frutos, con una colección regular de minerales, otra de maderas y otra de pieles curtidas.

FRANCIA se hace notar por todos los artículos de modas, de quincalla, llamados artículos de París, y por sus lujosas instalaciones de interiores de casas, todas ellas del estilo de Luis XIII, Luis XIV, Luis XV, Luis XVI y de todos los Luises posibles, instalaciones muy aparatosas, de mucho lujo, pero barrocas y faltas de carácter, que no se pueden comparar

ni con las belgas ni con las alemanas. Sobresalen en cambio nuestros vecinos por la tipografía y la librería de lujo, por ciertas máquinas y por algunos de sus productos químicos; pero, en general, Francia es la nación que se ha presentado con menos carácter y respondiendo menos á los fines coloniales.

ESPAÑA, por el contrario, es la nación que más ha cumplido con el programa de la Exposición. Así lo consignó el presidente del Jurado, en público. Ha mandado todo lo que sus colonias contienen de útil para Europa, y todo lo útil que la Península produce para las colonias y para los países colonizadores. Cuba ha enviado sus tabacos, los primeros del mundo, entre los que han sobresalido los *carunchos*; sus frutos, sus azúcares, su ron, y sus aguardientes de caña; á más, una Ictiología cubana, del señor Poey, que han admirado los naturalistas más célebres. Puerto-Rico nos ha mandado sus cafés, sus frutos, tabaco, maderas y materias textiles. Filipinas, una infinidad de productos vegetales, entre los que se encuentran fibras textiles, thes excelentes, cañas, resinas, varias especies de maderas, y, á más, una *Flora*, obra del señor Vidal, que le ha valido el diploma de honor y el ser calificada de una de las primeras por su excelente clasificación. Fernando Poo nos ha hecho conocer su café, su the y su tabaco de una calidad superior, y sus aceites y sus maderas, que son una riqueza para el porvenir. Hay que citar además todo lo relativo á armas de los arsenales de la Habana, todo lo relativo á la construcción de buques, diques y transportes de las compañías López y marqués del Campo. Y todo lo que han mandado las comisiones provinciales de las Islas Filipinas, Fernando Poo y Antillas, ó sean armas de piedra, esqueletos, vasijas y objetos de los autóctenas, y los útiles, aperos de labranza, armas y todo lo referente á los usos y costumbres de los indígenas, acompañado de libros, memorias, sistemas de enseñanza, de gobierno, de colonización, etc., etc.

Llama la atención la instalación central de la *Colonia de Nipe*, en la Isla de Cuba, nuevo puerto de gran porvenir, con todos los productos de aquel suelo hasta hoy inculto.

La Península ha expuesto vinos de todas clases, recogidos y enviados por la *Asociación de Agricultores*; y aguardientes, licores, aguas minerales, materias textiles y diversos otros productos. En una gran vitrina figuran todas las obras más principales sobre nuestra conquista y colonización de América, Asia y África y todos los tratados de la legislación de Indias, de todo lo que se deduce que en la colonización no hemos sido tan bárbaros como se pretende, pues nos hemos mezclado con la raza de nuestras colonias, cuando los ingleses la destruyen en las suyas.

AUSTRIA tiene expuestos objetos de quincalla, algunos esmaltes, cromos y muebles de Viena.

EL JAPÓN ha mandado bronce preciosos, marfiles labrados, porcelanas *craquelées*, papeles con figuras raras, lacas artísticas, estatuas, máscaras de madera, cueros, muebles, parasoles, abanicos y un sin fin de objetos en hierro incrustado y pavonado.

Por fin, la última nación en el orden de galerías, es ALEMANIA. Ésta se nos presenta fortificada como en una ciudadela feudal, separada de las demás naciones por un inexpugnable reducto, erizada de armas, cubierta de blindajes, verdadera sección del hierro y del acero. Su aspecto es formidable: cañones, planchas de grande espesor para buques, trenes, wagones, verjas, rails, máquinas eléctricas, hidráulicas, de presión de aire, de vapor y un sin fin de motores destinados á todos los usos de la defensa y del ataque, de la industria y en especial de la colonización. Pero si bien sobresalen los alemanes por sus trabajos de hierro, no todo es allí belicoso. Los herreros de Munich y de Nuremberg han estudiado los antiguos trabajos de cerrajería de sus castillos, de sus iglesias, de sus villas, y los han mejorado. Así han presentado lámparas, verjas, rejas, muestras de tiendas, remates de torres y de tejados, objetos de chimenea y de mesa, trípodes, cerrojos, clavos, llaves, etc.; en fin, una infinidad de maravillas artísticas hechas todas á martillo, con la ayuda de la lima y del buril. Á más, nos han presentado preciosas *fayances* azules, esmaltes, vasos de todas formas en vidrio antiguo, vidrieras de colores con figuras, inmensas chimeneas de barro cocido y barnizado que son monumentos de arte, muebles de madera tallada, como nadie ha soñado nunca, inspirados en el buen renacimiento de la época de Carlos V; dibujos y pinturas decorativas, marcos de cuadros de oro viejo, objetos de cobre repujado de todas clases; en fin, unas instalaciones tan artísticas que admiran y de precios que de tan baratos parecen imposibles. Á más de esto, ricos trabajos de joyería de estilo, infinidad de libros para la instrucción de los pueblos atrasados, y grabados que superan los mejores conocidos.

Á la salida de la sección, ya en la gran galería, están dos edificios góticos característicos. La casita donde se prueban los vinos del Rin y del Mosela con sus vidrios de colores y sus cresterías de hierro forjado, y la cervecería de Nuremberg con sus esculturas de madera, su grande enseña y su tonel colosal, encima del que está montado el Rey Gambrinus, el Baco germánico, con su descomunal bock en la mano.

Á la salida de la Exposición encuéntrase uno con el colosal palacio gótico, de estilo flamenco, destinado á museo nacional holandés, y en el cual está hoy de manifiesto la Exposición de antigüedades más rica y más interesante que hayamos visto.

Tal es, descrita á grandes rasgos, la Exposición que hoy, desde Amsterdam, está llamando la atención del mundo entero.

POMPEYO GENER.

## REPARTO PRÓXIMO DE LA BIBLIOTECA ARTE Y LETRAS

### AUERBACH

# NARRACIONES POPULARES DE LA SELVA NEGRA

TRADUCCIÓN DE

A. FERNÁNDEZ MERINO



Grabados de GÓMEZ POLO



ILUSTRACIÓN DE

MARIANO FOIX



FRANCISCO PÉREZ — BARCELONA

Establecimiento Tipográfico-Editorial

Ausias March, 95 y 97

Ayuntamiento de Madrid

E. DOMENECH Y C<sup>IA</sup> EDITORES - BARCELONA.



Printed by C. B. Robert

Photographed by G. P. & C<sup>IA</sup>

*Embarque de Meuron Lescault*

Madrid. No. 109. Calle de San Mateo, 14. 1874

Impreso y publicado por E. DOMENECH Y C<sup>IA</sup> EDITORES  
Barcelona. Calle de San Mateo, 14.

Madrid. Calle de San Mateo, 14. 1874